

Los Trabajos y los Días

HAMLET EN XALAPA

El mes de marzo, Xalapa. La plaza de Xalitic, corazón de la parte más vieja de la ciudad, tiene una sorprendente afluencia de gente. Desde los lavaderos coloniales vemos las cuevas erguirse, los tejados hacinarse, las calles retorcerse. Y vemos la solemne arquitectura del gran puente, que nuevo y todo se ha integrado con naturalidad y solidez al paisaje circundante, como si desde siempre hubiera enraizado ahí. Ahora (días impecables, azul casi agresivo en el cielo) la gente puebla las orillas del puente durante mañanas enteras. Abajo, en la plaza, los niños juegan esgrima y tienen la peregrina idea de llamarse unos a otros "Hamlet", o "Laertes"; se atacan con palos de escoba, se dan muerte, resucitan, gritan y corren e invaden plataformas y escaleras de madera que han sido especialmente construidas por alguna causa. De éstas los expulsa un hombre nervioso, que dirige a un grupo de adultos en un juego más serio, causa de la atención pública, alimento de la fantasía de los niños y expectativa de toda la ciudad.

El 30 de marzo del presente año Marco Antonio Montero presentó al público, por vez primera, su puesta en escena del *Hamlet*, al aire libre, en un escenario de grandiosidad tal que en sí mismo planteaba un grave problema: el de lucirlo al máximo, el de utilizarlo en su totalidad como elemento dramático. El puente de Xalitic tiene unos 20 metros de alto y unos 100 de largo; se levanta sobre 4 arcos; permite que desciendan a la plaza dos grandes escalinatas; es un espectáculo en sí mismo.

Montero supo verlo en función de la tragedia de Shakespeare, y utilizó todos los valores dramáticos que la arquitectura y el paisaje le ofrecían. La parte alta, funcionó como la explanada, donde los soldados montan guardia y el fantasma aparece. La escalinata mayor sirvió para un cortejo, para enfatizar a veces la solitaria figura del príncipe danés y para la ascensión de su cuerpo muerto, al compás de la marcha fúnebre. Una plataforma de madera fue el salón del trono; bajo los arcos creó áreas íntimas, principalmente la alcoba de la reina. Un contrafuerte sirvió de marco al monólogo más célebre, "ser o no ser", y también para finalizar

el peligroso y espectacular duelo del 5º acto. La escalera más angosta permitió descender el cortejo fúnebre de Ofelia, y a espaldas de los lavaderos, bajo un muro sencillo donde hay ahuecada una cruz, se cavó la fosa y se sepultó el ataúd de la joven loca. La forma de la plaza proporcionó, gratuitamente, una excelente acústica, que permitía escuchar a los actores con claridad desde todos los puntos.

La empresa era ambiciosa: poner la tragedia de Shakespeare al alcance de toda la capital veracruzana; se contaba también con el turismo de otras ciudades del Estado y de la misma capital de la República, como posibles espectadores. Se contaba con un escenario espléndido y un grupo pequeño de actores, formados en la Escuela de Teatro de la Universidad Veracruzana, que el mismo Montero dirige.

Marco Antonio Montero, quien concibió el audaz proyecto, no es un desconocido para quienes seguimos la vida teatral de México. Estudió con Seki Sano. Surgió como director en el pequeño teatro subterráneo de la Secretaría de Recursos Hidráulicos, en México, D. F.; hizo teatro Guignol con fines pedagógicos para el Instituto Nacional Indigenista, en Chiapas y en la cuenca del Papaloapan. Fundó un grupo teatral en Tuxtla Gutiérrez. Cuando Dagoberto Guillaumín, fundador de la Escuela de Teatro de la Universidad Veracruzana, e iniciador de las actividades teatrales en Xalapa, tuvo que pensar en hallar un sucesor, Montero pareció el más lógico, y a él, por conducto del INBA, le fue encomendada una tarea que ya había dado frutos.

Como representante del Instituto Nacional de Bellas Artes y director de la Escuela y del grupo teatral de la Universidad Veracruzana, Montero puso en escena *Una ciudad para vivir*, de José Ignacio Retes; *Los días felices*, de Claude André Puget; *Los desarraigados*, de Humberto Robles Arenas; *Felicidad*, de Emilio Carballido. Esta última producción mereció ser invitada por la Universidad de México, para una temporada en la capital, en su Teatro del Caballito. Montó también *Frontera junto al mar*, drama que él mismo escribió, basándose en la novela de José Mancisidor, y fue éste un inolvidable espectáculo al aire libre, en el puerto de Veracruz. Todas sus obras han recorrido en gira el Estado de Veracruz y algunas otras ciudades de la República.

El problema de poner *Hamlet* exigía enfrentarse concienzudamente con el número y la calidad de los elementos humanos que la escuela poseía. Formados ya por Guillaumín, había algunos. Salidos de las clases de Montero, había otros más. Fue, sin embargo, necesario llamar cinco actores de teatro de la ciudad de México: un Hamlet, un Polonio, un Laertes, y 2 cortesanos.

El estreno de la tragedia, en Xalitic, superó las esperanzas que se

habían puesto en el trabajo del director. La producción deslumbró a los asistentes y el trabajo de los actores mereció que se les considerara por encima de las dos o tres puestas profesionales que *Hamlet* ha tenido en nuestra República en el segundo cuarto de siglo. La ciudad contribuyó a menudo con efectos especiales: una niebla que afantasmaba los contornos del puente, que se fundía con el espectro del difunto rey Hamlet, y prestaba inusitada poesía al descenso del cortejo real o a los sangrientos episodios que concibió el genio inglés.

Lo más emocionante tal vez era el público: una multitud que sobrepasaba a menudo los cálculos de cupo, y seguía sin respirar el lúgubre destino de la casa real danesa; que se sobresaltaba cuando la reina bebía el veneno y se conmovía hasta las lágrimas con la locura de Ofelia. Se calcula que unos diez mil espectadores habrán visto la obra en las 16 representaciones que alcanzó.

Como colaboradores brillantes, creativos, responsables en gran parte del éxito, es necesario mencionar al autor de los diseños, Guillermo Barclay, y al compositor de la música, Rafael Elizondo.

Invitados de México, fueron los actores Héctor Ortega, *Hamlet*; Farnesio de Bernal, *Polonio*, que también hizo la coreografía para la pantomima; Alfonso Meza, *Laertes*; Felipe Casanova, *Rosencrantz*; José Villarreal, *Guildestern*. De la escuela de Teatro salieron los demás actores: Gilberto Chacón, *Horacio*; Manuel Fierro, *el rey*; Sonia Montero, *la reina*; María Luisa Castillo, *Ofelia*; Alejandro Matus, *Osrik*, y todo el resto del numeroso reparto.

La música fue grabada por la Orquesta Sinfónica de Xalapa, el Coro de la Universidad Veracruzana y el Quinteto de Alientos del INBA; el vestuario fue realizado por la Casa Mendoza López; la técnica del duelo fue enseñada por el mayor Antonio Haro Oliva.

Todos estos elementos colaboraron en una empresa valiosa, que puso en contacto vivo con el pueblo uno de los más enormes monumentos del arte dramático universal.

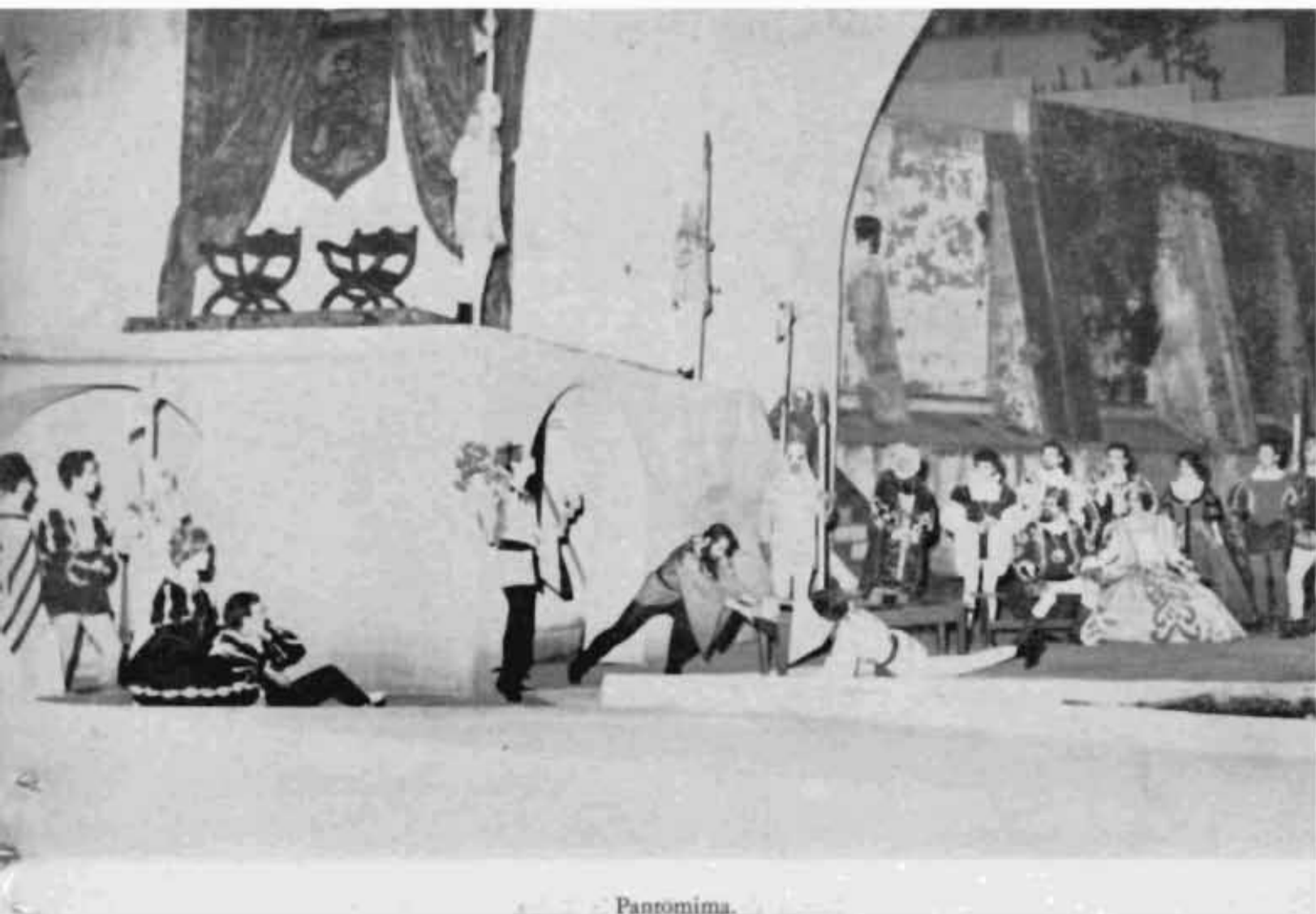
Emilio Carballido



Bajada de los Reyes y su comitiva a la escena de los cómicos.



Pantomima.



Pantomima.



Escena de Hamlet y la Reina.



La escena del sepulturero.



Entierro de Ofelia.



Riña de Hamlet y Laertes en el entierro.



Los actores al fin de la obra.